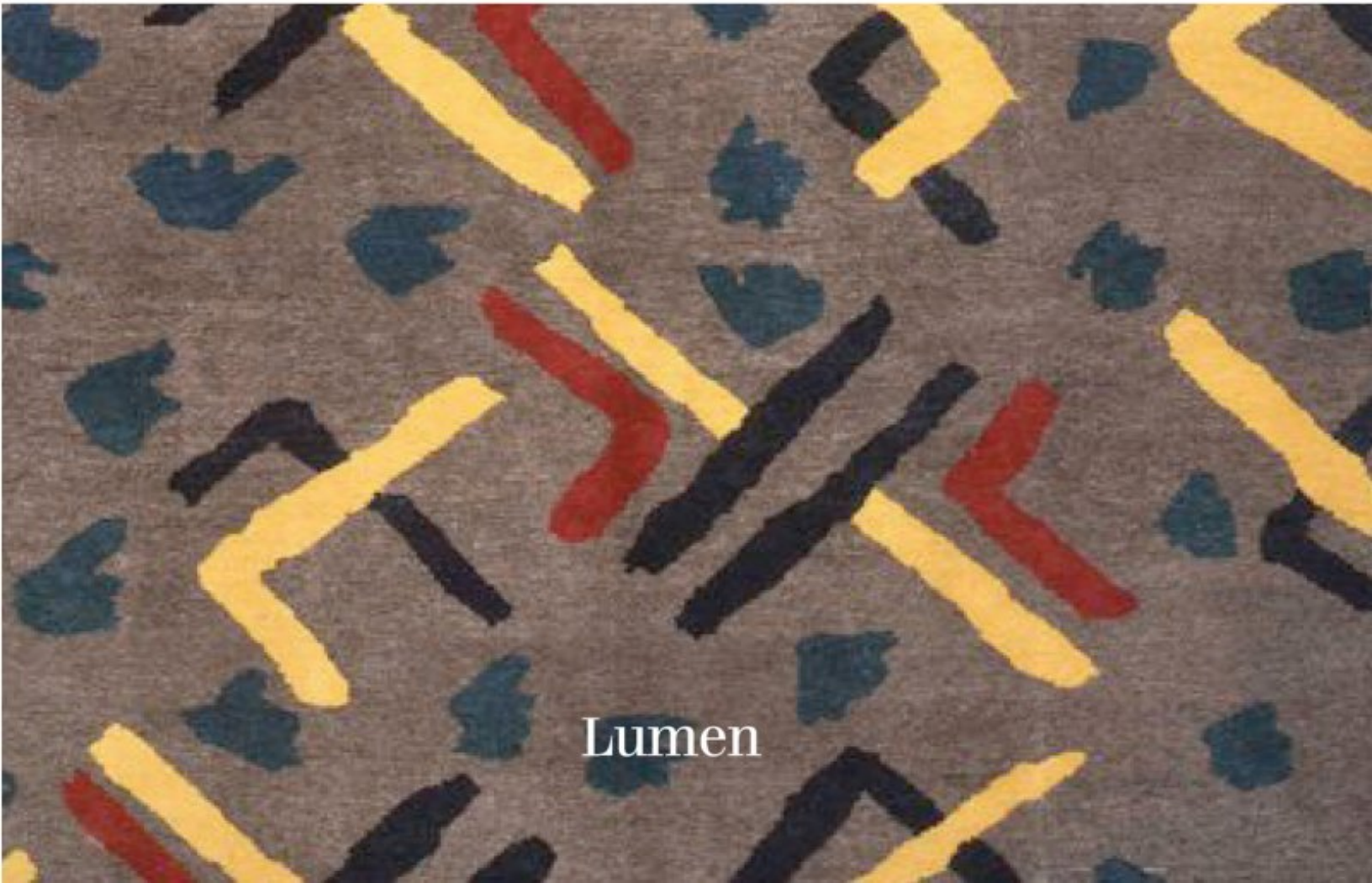
Biblioteca Virginia Woolf Londres



Lumen

Londres

Virginia Woolf

Traducción de
Andrés Bosch y Bettina Blanch Tyroller

Lumen
narrativa
www.megustaleer.com

Retrato de una londinense

Quien no conozca a un auténtico *cockney*, quien no pueda alejarse de las tiendas y los teatros para torcer por una callejuela lateral y llamar a la puerta de una casa particular, no puede jactarse de conocer Londres.

En Londres, las casas particulares tienden a parecerse como gotas de agua. La puerta principal se abre a un recibidor penumbroso del que parte una angosta escalera. La puerta del rellano conduce a un espacioso salón con sendos sofás a cada lado de la chimenea encendida, seis sillones y tres ventanas alargadas que dan a la calle. Con frecuencia, lo que sucede en la mitad posterior del salón, que tiene vistas a los jardines de otras casas, da pie a numerosas conjeturas. Sin embargo, lo que nos interesa es la zona delantera del salón, pues la señora Crowe siempre se sentaba en un sillón junto al fuego; allí era donde transcurría su vida; allí era donde servía el té.

Aunque resulte extraño, parece cierto que nació en el campo, como también lo es que en ocasiones, durante esas semanas estivales en que Londres deja de ser Londres, abandonaba la ciudad. No obstante, nadie sabía ni imaginaba adónde iba o qué hacía cuando se ausentaba de Londres, cuando su sillón permanecía vacío, el fuego apagado y la mesa sin poner. Por mucho que uno diera rienda suelta a su imaginación, resultaba imposible visualizarla paseando por un campo de nabos o subiendo la ladera de una colina salpicada de vacas, ataviada con su vestido negro, su velo y su cofia.

Llevaba sesenta años allí sentada, junto al fuego en invierno y junto a la ventana en verano, pero nunca sola. Siempre se veía a algún visitante sentado en el sillón de enfrente. Y apenas transcurridos diez minutos desde la llegada de la primera visita, la puerta del salón volvía a abrirse, y Maria, la doncella de ojos saltones y dientes prominentes, que llevaba sesenta años

abriendo la puerta, anunciaba la llegada de una segunda visita, luego de una tercera y más tarde de una cuarta.

Nunca se la veía a solas con un visitante; le desagradaba encontrarse a solas con una persona; la falta de amistades íntimas era una peculiaridad que compartía con numerosas anfitrionas. Por ejemplo, en el rincón, junto a la vitrina, siempre se sentaba un anciano que parecía formar parte tan integrante de aquel magnífico mueble del siglo XVIII como las patas de latón. Pese a su constante presencia, la señora Crowe siempre se dirigía a él como señor Graham, jamás John ni William, si bien en ocasiones lo llamaba «querido señor Graham» como si pretendiera subrayar el hecho de que lo conocía desde hacía sesenta años.

Lo cierto era que no buscaba intimidad, sino conversación. La intimidad tiende a engendrar silencio, y la señora Crowe detestaba el silencio. Necesitaba sentirse rodeada de una conversación amplia y general. No debía ser demasiado profunda ni demasiado ingeniosa, pues si se adentraba excesivamente en cualquiera de aquellos derroteros, sin lugar a dudas alguien se sentiría excluido y acabaría sentado con su taza de té sin decir esta boca es mía.

Por ello, el salón de la señora Crowe guardaba escasa relación con los famosos salones de los autores de memorias. Con frecuencia acudían a él personas de gran inteligencia, tales como jueces, médicos, diputados, escritores, músicos, viajeros, jugadores de polo y también personas insignificantes, pero cualquier observación brillante se consideraba más bien un error de etiqueta, un accidente del que se hacía caso omiso, como si de un acceso de estornudos o una catástrofe con los pastelillos se tratara. La charla que la señora Crowe prefería y alentaba constituía una versión refinada de los chismes de pueblo. El pueblo era Londres, y los chismes giraban en torno a la vida londinense. El mayor don de la señora Crowe

residía en lograr que la inmensa metrópoli se antojara diminuta como un pueblo con una sola iglesia, una casa solariega y veinticinco granjas. Poseía información de primera mano acerca de cada obra de teatro, cada exposición, cada juicio, cada caso de divorcio. Sabía quién se casaba, quién fallecía, quién estaba en la ciudad y quién se había ausentado. Mencionaba que acababa de ver pasar el coche de lady Umphleby y conjeturaba que a buen seguro se dirigía a visitar a su hija, que había dado a luz la noche anterior, del mismo modo que las mujeres de pueblo comentan que la esposa del señor del lugar se dirige a la estación para reunirse con el señor John a su regreso de la ciudad.

Y puesto que llevaba unos cincuenta años haciendo observaciones de aquella índole, había hecho acopio de una cantidad ingente de información sobre vidas ajenas. Cuando el señor Smedley anunció que su hija se había prometido con Arthur Beecham, la señora Crowe se aprestó a comentar que en tal caso se convertiría en prima segunda de la señora Firebrace y, hasta cierto punto, en sobrina de la señora Burns por causa de su primer matrimonio con el señor Minchin de Blackwater Grange. Pero en su fuero interno la señora Crowe no era una esnob, sino tan solo una coleccionista de relaciones, y su increíble pericia en aquellas lides confería un ambiente familiar y doméstico a sus reuniones, ya que no deja de sorprender cuántas personas resultarían ser primos en vigésimo grado si llegaran a descubrirlo.

Así pues, ser recibido en casa de la señora Crowe equivalía a convertirse en miembro de un club, y la cuota de suscripción ascendía al pago de una cantidad determinada de chismes al año. Cuando se incendiaba una casa, cuando las cañerías reventaban o cuando la doncella se fugaba con el mayordomo, el primer pensamiento que acudía a la mente de muchos era «voy a contárselo enseguida a la señora Crowe». Sin embargo, se imponía observar ciertas distinciones. Algunas personas tenían derecho a pasar por

su casa a la hora del almuerzo, mientras que otros, los más numerosos, debían presentarse entre las cinco y siete de la tarde. Los visitantes que gozaban del privilegio de cenar en compañía de la señora Crowe formaban un grupo selecto y reducido. Tal vez solo el señor Graham y la señora Burke cenaran con ella, pues no era una mujer rica. Su vestido negro se veía algo raído, y siempre lucía el mismo broche de diamantes. Su ágape predilecto era el té, porque la mesa del té puede abastecerse de forma económica y además proporciona una flexibilidad que casaba a la perfección con el talante sociable de la señora Crowe. Pero en cualquier caso, ya se tratara del almuerzo o del té, el ágape poseía una idiosincrasia propia, al igual que el vestido y las joyas encajaban por completo con ella y sentaban su propia moda. Siempre servía un pastel o un pudin especiales, algún plato singular de la casa y tan inherente a ella como Maria, la vieja doncella, el señor Graham, el viejo amigo, el viejo chintz que tapizaba el sillón o la vieja alfombra que cubría el suelo.

Por supuesto, la señora Crowe salía de vez en cuando a tomar el aire y en ocasiones almorzaba o tomaba el té en casa de otras personas. Sin embargo, en sociedad parecía furtiva, fragmentada, incompleta, como si tan solo pasara por el banquete nupcial, la cena o el funeral para recabar retazos de información que necesitara para terminar su propio tapiz. Rara vez se la veía tomar asiento, y siempre se mantenía al margen. Parecía fuera de lugar entre las sillas y las mesas de otras personas; necesitaba su propio chintz, su vitrina y a su señor Graham junto a ella para ser ella misma. Con los años, aquellas pequeñas incursiones al mundo exterior cesaron casi por completo. Había creado un nido tan compacto y absoluto que el mundo exterior no podía agregarle pluma ni ramita algunas. Además, sus amistades eran tan fieles que siempre podía contar con ellas para que le transmitieran cualquier dato que le conviniera añadir a su colección. No tenía ninguna necesidad de

abandonar su sillón junto al fuego en invierno y junto a la ventana en verano. Y con el paso de los años, sus conocimientos se tornaron si no más profundos, pues la profundidad no era su fuerte, sí más redondos, más completos. Así pues, si una obra recién estrenada alcanzaba gran éxito, al día siguiente la señora Crowe era capaz no solo de referirlo salpicado con algún chisme divertido de entre bambalinas, sino también de remontarse a otras noches de estreno en los ochenta y los noventa, y describir a la sazón qué había llevado Ellen Terry, qué había hecho Duse y qué había dicho el querido señor Henry James. Nada sobresaliente, quizá, pero al hablar producía la impresión de hojear las páginas de la vida londinense de los pasados cincuenta años, para deleite de sus visitas. Había muchas páginas, y las ilustraciones eran radiantes retratos de personas famosas. No obstante, la señora Crowe no vivía anclada en el pasado, de modo alguno lo anteponía al presente.

De hecho, era siempre la última página, el momento presente, lo que más importaba. El rasgo más encantador de Londres residía en que siempre proporcionaba algo nuevo que contemplar y de que hablar; bastaba con mantener los ojos bien abiertos y sentarse en el sillón de cinco a siete todos los días de la semana. Sentada en su sillón y rodeada de sus invitados, la señora Crowe lanzaba ocasionales miradas de soslayo a la ventana, como si parte de su atención estuviera siempre puesta en la calle, en los coches, los omnibuses y los gritos de los repartidores de periódico que pasaban bajo su ventana. En cualquier momento podía estar sucediendo algo nuevo. No convenía detenerse demasiado en el pasado, pero tampoco centrarse de forma exclusiva en el presente.

Lo más característico y tal vez un poco desconcertante de la señora Crowe era la avidez con que alzaba la vista y se interrumpía a media frase cuando la puerta se abría y Maria, ya muy corpulenta y algo dura de oído,

anunciaba a un nuevo visitante. ¿Quién estaría a punto de entrar en el salón? ¿Qué podría añadir a la conversación? Pero su pericia a la hora de hacerse con cualquiera que fuera el regalo que le llevaban y agregarlo al fondo común era tal que nunca surgía problema alguno, y parte de su peculiar triunfo residía en que la puerta nunca se abría con excesiva frecuencia, que el círculo nunca escapaba a su control.

Así pues, para conocer Londres no tan solo como bello espectáculo, mercado, tribunal y hervidero de industriosa actividad, sino como lugar donde la gente se conoce, habla, ríe, se casa, muere, pinta, escribe, actúa, gobierna y legisla, resultaba esencial conocer a la señora Crowe. Era en su salón donde los innumerables fragmentos de la vasta metrópoli parecían confluir en un todo vivaz, comprensible, divertido y agradable. Viajeros ausentes durante años, hombres maltrechos y curtidos recién llegados de la India o de África, de largos viajes y aventuras entre tigres y salvajes, acudían derechos a la casita en la callejuela tranquila para sumirse sin demora en el corazón de la civilización. Pero ni tan siquiera Londres podía mantener con vida para siempre a la señora Crowe. Cierto día, la señora Crowe ya no se sentó en su sillón junto al fuego al dar las cinco, Maria dejó de abrir la puerta y el señor Graham desapareció de su puesto junto a la vitrina. La señora Crowe ha muerto, y Londres, aunque sigue existiendo, nunca será igual.

Los muelles de Londres

«A dónde, oh espléndida nave», se preguntaba el poeta tendido en la playa, mientras contemplaba cómo el gran velero desaparecía en el horizonte. Quizá, tal como el poeta imaginó, el buque se dirigía a un puerto del Pacífico. Pero, con casi total certidumbre, hubo un día en que el buque oyó una irresistible llamada y pasó ante North Foreland y los Reculvers, penetró en las angostas aguas del puerto de Londres, desfiló ante las bajas orillas de Gravesend, Northfleet y Tilbury, ascendió por Erith Reach, Barking Reach y Gallion's Reach, rebasó la fábrica de gas y las desembocaduras de las cloacas, y avanzó hasta encontrar ni más ni menos que un automóvil en un lugar destinado a aparcamiento, un lugar que le había sido reservado en las profundas aguas de los muelles. Allí recogió velas y echó el ancla.

Por muy románticos, libres y caprichosos que puedan parecer los buques, apenas hay uno que, en su día, no venga a echar el ancla en el puerto de Londres. Desde una lancha en mitad de las aguas se les puede ver deslizándose río arriba, mostrando todavía todas las marcas del viaje. Llegan buques de pasajeros, con sus altas cubiertas, sus galerías, sus toldillas, con sus pasajeros maleta en mano, inclinados sobre la barandilla, mientras los cables caen, se deslizan y se hunden. A casa llegan estos grandes buques, mil todas las semanas del año, para anclar junto a los muelles de Londres. Avanzan mayestáticamente por entre una multitud de vapores de cabotaje, barcazas cargadas de carbón y balanceantes veleros rojos que, a pesar de su aspecto deportivo, traen ladrillos desde Harwich o cemento de Colchester, ya que todo es industria y negocio, y no hay embarcaciones de placer en el río. Como arrastradas por una irresistible corriente, las naves regresan de las tormentas y de las calmas de los mares, de sus silencios y sus soledades, en busca del lugar en que se les permite

anclar. Las máquinas se detienen, las velas se bajan y, de repente, las coloridas chimeneas y los altos mástiles destacan incongruentemente contra una manzana de casas de obreros, contra los negros muros de los grandes tinglados. Se produce un curioso cambio. Los buques ya no tienen la adecuada perspectiva de cielo y mar tras ellos, y tampoco tienen el espacio adecuado para estirar sus miembros. Reposan cautivos, como voladores seres alados atados por una pata, que yacen sobre la seca tierra.

Sintiendo en nuestro olfato la sal que el viento marino nos manda, nada hay más estimulante que contemplar los buques que ascienden por el Támesis: los grandes buques, las naves pequeñas, las embarcaciones maltratadas y las magníficas, los buques que vienen de la India, de Rusia, de América del Sur, los buques llegados de Australia, procedentes del silencio, del peligro y de la soledad, pasan ante nosotros, camino del lugar en que anclarán. Pero tan pronto lo han hecho, tan pronto las grúas comienzan sus descensos y sus balanceos, parece que cuanto de romántico había en los buques desaparezca. Si damos media vuelta y desfilamos ante los buques anclados, camino de Londres, vemos, sin la menor duda, uno de los cuadros más sórdidos del mundo. Sucios tinglados de decrépito aspecto bordean las orillas del río. Se amontonan sobre una tierra aplanada, sobre resbaladizo barro. Todos estos almacenes tienen el mismo aire de decrepitud y de haber sido levantados con carácter provisional. Si se rompe el vidrio de una ventana, roto queda. El fuego que recientemente ennegreció y laceró un muro no lo dejó más desolado y triste que los muros contiguos. Detrás de las chimeneas y los mástiles, se extiende una siniestra ciudad enana formada por las casas de los obreros. En primer término, grúas y tinglados, obras de andamiaje y depósitos de gas, bordean las orillas con su esquelética arquitectura.

Cuando, después de acres y acres de semejante desolación, se pasa

flotando, de repente, ante una vieja casa de piedra que se alza en un campo de verdad, con verdaderos árboles agrupados, la visión es desconcertante. ¿Es posible que haya tierra, es posible que otrora hubiera campos y cosechas bajo esta desolación y este desorden? Los árboles y los campos causan la impresión de sobrevivir incongruentemente, cual muestra de otra civilización, entre las fábricas de papel de empapelar paredes y las fábricas de jabón, que han dado muerte a viejos prados y arboledas. Más incongruente todavía es pasar ante una gris y vieja iglesia campestre, cuyas campanas todavía suenan, y que conserva verde el cementerio parroquial, como si aún hubiera gente que cruzara los campos para asistir a los servicios religiosos. Más allá, una posada de hinchados balcones mirador conserva aún un raro aire de disipación y oferta de placeres. A mitad del siglo pasado, esta posada era lugar favorito de calaveras y pendones, y salió a relucir en algunos de los más famosos casos de divorcio de la época. Ahora el placer se ha ido y ha venido el trabajo. Ahora la posada se alza caduca, como una belleza ataviada con sus más hermosas ropas de medianoche, que contemplara las llanuras de barro y las fábricas de cera, y los malolientes montones de tierra sobre los que los camiones arrojan constantemente nuevos montones, que han cubierto por completo los campos en que, cien años atrás, paseaban parejas de enamorados, arrancando violetas.

A medida que avanzamos río arriba camino de Londres, nos cruzamos con los desechos de la ciudad que descienden. Barcazas repletas de viejas botas de vino, cuchillas de afeitar, colas de pescado, periódicos viejos y cenizas, repletas de cuanto dejamos en el plato y arrojamos al cubo de la basura, descargan en la tierra más desolada del mundo. Durante cincuenta años, esos alargados montones han estado pudriéndose y humeando, dando cobijo a innumerables ratas, abonando áspera y macilenta hierba, e

impregnando el aire de un hedor acre y punzante. Los montones se hacen más y más altos, más y más densos, sus laderas se hacen más peligrosas por culpa de las viejas latas, y sus cumbres, más angulosas, año tras año. Pero he aquí que, ante esta sordidez, se desliza indiferente un gran buque de pasajeros, que parte rumbo a la India. Pasa por entre barcazas cargadas de desechos y podredumbre y restos de dragados, para salir al mar. Un poco más allá, a nuestra izquierda, quedamos súbitamente sorprendidos, y la visión vuelve a alterar totalmente nuestro sentido de las proporciones, por lo que parece ser el más solemne edificio jamás levantado por el hombre. El Greenwich Hospital, con todas sus columnas y sus cúpulas, llega en perfecta simetría hasta las aguas, y transforma de nuevo el río en el sereno caudal al que la nobleza de Inglaterra en otros tiempos se dirigía, paseando sin prisas por verdes prados, o cuyos peldaños de piedra en la orilla descendían para pasar a bordo de sus embarcaciones de recreo. Cuando nos acercamos al puente de la Torre, la autoridad de la ciudad comienza a imponerse. Los edificios son más sólidos, y, amontonándose, alcanzan mayores alturas. El cielo parece poblado de nubes más pesadas y más purpúreas. Cúpulas que se hinchan y los campanarios eclesiales, blanqueados por el paso del tiempo, se mezclan con las chimeneas de las fábricas, en forma de lápiz, puntiagudas. Se oyen los rumores y el rugido del mismísimo Londres. Por fin, hemos llegado a ese grueso y formidable círculo de viejas piedras, en el que tantos tambores han batido y tantas cabezas han caído, la Torre de Londres. Este es el nudo, la clave, el cogollo de todas esas desperdigadas millas de esquelética desolación y de actividad de hormigas. Aquí se oye la ruda canción ciudadana, con sonido de gruñidos y estertores, que ha convocado a las naves del mar, para que quedaran aquí cautivas, junto a los tinglados.

Ahora, desde el borde del muelle, contemplamos el buque que tentado ha

dirigido el rumbo de su viaje hasta aquí, para quedar amarrado a la seca tierra. Los pasajeros y sus equipajes han desaparecido. Los marineros también se han ido. Las grúas trabajan infatigables, bajando y balanceándose, balanceándose y bajando. Cajas, sacos, barriles, son extraídos de la panza del buque, con constante regularidad, y la grúa, balanceándose, los deposita en el muelle. Rítmica y diestramente, con un orden que no deja de producir estético deleite, cada barril es colocado junto a los otros barriles, y lo mismo las cajas y los sacos, uno detrás de otro, en interminable agrupamiento, a lo largo de los pasillos y bajo los arcos de los tinglados inmensos, de bajo techo, expeditos y carentes de todo adorno. Madera, hierro, cereales, vino, azúcar, papel, sebo, fruta, todo lo que el buque ha cargado procedente de las llanuras, los bosques, los pastos del mundo entero, es extraído de su panza y depositado aquí, en su correspondiente lugar. Todas las semanas se descargan mil buques con mil cargas. Y no solo cada fardo de esta vasta y variada mercancía es cuidadosamente extraído y depositado en su lugar, sino que cada uno de ellos es pesado y abierto, se comprueba su contenido y se registra, y otra vez se vuelve a cerrar y se devuelve a su lugar, sin prisas, sin menoscabos, sin pérdida de tiempo ni confusiones, por unos cuantos hombres, pocos, en camisa, que trabajan con suma organización en interés de todos —ya que los compradores aceptan su palabra y acatan sus decisiones—, pero que a pesar de ello son capaces de hacer una pausa en su trabajo y decir al ocasional visitante: «¿Quiere ver las cosas que a veces encontramos en los sacos de canela? ¡Mire, una serpiente!».

Una serpiente, un escorpión, un escarabajo, una porción de ámbar, el diente enfermo de un elefante, un recipiente con mercurio, estos son algunos de los objetos raros e insólitos que han sido hallados en la amplia mercancía, y depositados sobre una mesa. Pero, con la salvedad de esta

concesión a la curiosidad, el humor imperante en los muelles es de severa eficacia. Los objetos raros o bellos o insólitos suelen realmente encontrarse, pero de inmediato se examina cuál es su valor mercantil. En el suelo, entre los círculos formados por los colmillos de elefante, hay un montón de colmillos que son más grandes y más oscuros que los otros. Y es natural que sean oscuros, porque se trata de colmillos de mamuts que han estado enterrados, helados, bajo el hielo de Siberia durante cincuenta mil años. Pero el paso de cincuenta mil años siempre suscita sospechas en las mentes de los expertos en marfil. El marfil del mamut tiene cierta tendencia a combarse. Con el marfil del mamut no se pueden formar bolas de billar, sino tan solo la empuñadura de un paraguas o el dorso de los espejos de mano más baratos. Por eso, quien compre un paraguas o un espejo que no sean de la más alta calidad probablemente comprará el colmillo de un animal que anduvo vagando por los bosques asiáticos, antes de que Inglaterra fuera una isla.

De un colmillo se saca una bola de billar, y de otro se saca un calzador. Las mercancías procedentes de todas las partes del mundo han sido examinadas y clasificadas, según su valor y su utilidad. El comercio es ingenioso e infatigable, hasta puntos que se hallan más allá del alcance de la imaginación. Entre los múltiples productos y desperdicios de la tierra, ninguno hay que no haya sido probado y para el que no se haya encontrado una utilidad. Las balas de lana que son extraídas del interior de un buque australiano van ceñidas con flejes de hierro para ahorrar espacio; pero estos flejes no se dejan abandonados en el suelo, sino que son enviados a Alemania para que con ellos se fabriquen hojas de afeitar. La lana suelta una burda grasa, como un sudor. Esta grasa, que perjudica las mantas, es extraída y con ella se fabrica crema facial. Incluso las excrecencias que suelen encontrarse en la lana de cierta clase de corderos resultan útiles,

debido a que demuestran que dicho ganado se alimentó en pastos muy nutritivos. No se desaprovecha ni una excrecencia, ni un puñado de lana, ni un fleje de hierro. Y la utilidad de todas las cosas para un fin determinado, la previsión y la destreza que se han vertido en cada uno de estos procesos, viene (y parece que entre por la puerta trasera) a incorporar ese factor de belleza en el que nadie, en los muelles, ha pensado siquiera un segundo. Cada almacén está perfectamente dotado para ser un almacén; y cada grúa, una grúa. Este es el camino por el que se infiltra la belleza. Las grúas descienden y se balancean, y hay ritmo en su regularidad. Las paredes del almacén se abren de par en par para recibir sacos y barriles. Pero a través de ellas se ven todos los tejados de Londres, sus mástiles y sus campanarios, y el inconsciente y vigoroso movimiento de los hombres levantando y descargando mercancías. Dado que es preciso dejar los barriles de vino reposando lateralmente en criptas frescas, todo el misterio de la media luz, toda la belleza de las bajas arcadas quedan incorporados por añadidura.

Las criptas para el vino constituyen una escena de extraordinaria solemnidad. Balanceando en la mano largos listones de los que penden lámparas, miramos alrededor y vemos algo que parece ser una amplia catedral, donde barril tras barril reposan en una oscura atmósfera sacerdotal, madurando gravemente, avejentándose despacio. Antes parecemos sacerdotes que rinden culto en el templo de una silenciosa religión, que simples catadores de vino o funcionarios de aduanas, mientras vagamos, balanceando nuestras lámparas, recorriendo ora hacia arriba este pasillo, ora hacia abajo este otro. Un gato amarillo nos precede. Salvo nosotros, no hay vida humana en la cripta. Aquí, el uno al lado del otro, reposan los objetos de nuestro culto, preñados de dulce licor, dispuestos a soltar vino rojo si se les practica un orificio. Una vinosa dulzura, como incienso, impregna el aire. Aquí y allá tiembla una llamita de gas, y no es su finalidad iluminar, ni

tampoco insinuar la belleza de las verdigrises arcadas cuyas líneas destaca en interminable procesión, avenida tras avenida, sino proporcionar simplemente la temperatura precisa para que el vino madure. La utilidad da lugar a la belleza, en concepto de subproducto. A partir de los bajos arcos, desciende una mancha de color blanco algodón. Se trata de una capa de hongos, aunque poco importa que sea bella o repelente, porque esta capa de hongos es deseable, ya que demuestra que el aire tiene el grado de humedad preciso para la salud del precioso líquido.

Incluso la lengua inglesa se ha adaptado a las exigencias del comercio. Alrededor de los objetos se han formado palabras que han adquirido exactamente el perfil de aquellos. De nada nos servirá consultar el diccionario para saber el significado que en los tinglados tienen las palabras *valinch*, *shirt*, *shrive* o *flogger*, ya que en los tinglados estas palabras se forman de modo natural en la punta de la lengua. De la misma manera, el leve golpe que se da a uno y otro lado del barril y con el que se consigue que el tapón se mueva es fruto de largos años de experiencia. Es el acto más rápido y más eficaz. La destreza no puede alcanzar un punto más alto.

Y se llega a pensar que lo único que puede cambiar las costumbres imperantes en los tinglados es un cambio en nosotros mismos. Por ejemplo, si dejáramos de beber vino, o si utilizáramos caucho en vez de lana para fabricar mantas, los mecanismos de producción y de distribución, en su integridad, se tambalearían, y efectuarían un esfuerzo para adaptarse a la nueva realidad. Somos nosotros, con nuestros gustos, nuestras modas, nuestras necesidades, los responsables de que las grúas desciendan y se balanceen, nosotros somos quienes llamamos a los buques en el mar. Nuestro cuerpo es su amo. Pedimos zapatos, pieles, bolsos, estufas, aceite, arroz, velas, y nos lo traen. El comercio nos observa ansiosamente, para saber cuáles son los deseos que comienzan a formarse en nosotros, cuáles

son las nuevas antipatías. Uno se siente un animal complejo, importante y necesario, cuando se encuentra en el muelle contemplando cómo las grúas levantan este barril, esa caja, esa bala, sacándolos de la panza del buque que aquí ha anclado. Puesto que nos gusta encender un cigarrillo, toda esa carga de tabaco de Virginia se deposita en el muelle. Rebaños y rebaños de corderos australianos se han sometido al trasquilado, debido a que nosotros pedimos abrigos de lana para el invierno. En cuanto al paraguas que negligentemente llevamos en la mano, balanceándolo de aquí para allá, digamos que un mamut que anduvo rugiendo por tierras empantanadas hace cincuenta mil años cedió un colmillo para que con él se construyera la empuñadura.

Y en cuanto al buque que lleva la bandera de partida, helo aquí que apartándose despacio del muelle, y volviendo a orientar la proa hacia la India o Australia. Pero en el puerto de Londres los camiones se apretujan en la callejuela de salida del muelle, sí, debido a que ha habido una gran venta, y los carros arrastrados por caballos avanzan trabajosa y lentamente para distribuir la lana por toda Inglaterra.

El oleaje de Oxford Street

En los muelles, las cosas se ven en su estado primario, en su volumen, en su enormidad. Pero aquí, en Oxford Street, han sido refinadas y transformadas. Los grandes paquetes de tabaco húmedo se han convertido en innumerables cigarrillos límpidamente cilíndricos, envueltos en papel de plata. Las corpulentas balas de lana han sido hiladas y se han convertido en delgadas chaquetas y suaves medias. La grasa de la gruesa lana del cordero se ha convertido en perfumada crema para las pieles delicadas. Y quienes compran, así como quienes venden, han experimentado el mismo cambio ciudadano. Caminando rítmicamente, caminando delicadamente, con chaqueta negra, con vestido de seda, la forma humana se ha adaptado igual que el producto animal. En vez de levantar pesos y jadear, abre cajones con destreza, desenrolla rollos de seda sobre mostradores, mide y corta con vara y tijera.

No hace falta decir que Oxford Street no es la vía más distinguida de Londres. Los moralistas han señalado con el dedo del desprecio a quienes compran en esa calle, y al hacerlo han contado con el apoyo de los elegantes. La moda tiene secretos recovecos junto a Hanover Square, en las cercanías de Bond Street, en los que se retira discretamente para celebrar sus más sublimes ritos. En Oxford Street hay demasiadas gangas, demasiadas ventas con rebajas, demasiados productos rebajados a una libra con once chelines y tres peniques, que la semana pasada costaban dos libras y seis chelines. El acto de comprar y vender es excesivamente flagrante y bronco. Pero, mientras a paso vivo se avanza hacia el ocaso —y entre las luces artificiales, los montones de seda y los destellantes autobuses, parece que un perpetuo ocaso se cierna sobre Marble Arch—, el relumbrón y el colorido de la gran alfombra rodante de Oxford Street tiene su fascinación.

Es como el pedregoso lecho de un río, cuyas piedras son siempre lavadas y pulidas por el destellante caudal. Todo brilla y reluce. El primer día de primavera trae consigo carritos de mano cargados de tulipanes, violetas y narcisos, formando esplendentes montones. Los frágiles carritos cruzan vagamente sinuosos el caudal del tránsito. En una esquina, sórdidos magos consiguen que pedacitos de papel de colores se dilaten en el interior de mágicas vasijas, convirtiéndose en exuberantes bosques de flora espléndidamente coloreada, en un jardín subacuático. En otra, reposan galápagos sobre montoncillos de hierba. Estos seres, los más lentos y contemplativos, desarrollan sus inofensivas actividades en cosa de uno o dos pies de pavimento, celosamente protegidos de los pies de los transeúntes. Se llega a la conclusión de que la atracción que el hombre siente hacia los galápagos, al igual que la atracción que la mariposa nocturna siente hacia la estrella, es un elemento constante de la naturaleza humana. Sin embargo, el que una mujer se detenga y añada un galápago a los paquetes que lleva quizá sea el más raro espectáculo que pueda ofrecerse a nuestros ojos.

Teniendo en consideración todo lo anterior —las subastas, las carretillas, la baratura, el relumbrón—, no se puede decir que la distinción sea la más destacada característica de Oxford Street. Es un criadero, una dinamo de sensaciones. Del pavimento parecen brotar horrendas tragedias. Los divorcios de actrices, los suicidios de millonarios, ocurren aquí con una frecuencia ignorada en los más austeros pavimentos de las zonas residenciales. Aquí, las noticias surgen y cambian más deprisa que en cualquier otro lugar de Londres. El constante roce de la gente que pasa parece borrar la tinta de los cartelones de los vendedores de prensa, y consumir más y más cartelones, así como pedir más deprisa que en cualquier otro punto de Londres nuevos suministros de las últimas

ediciones. La mente se convierte en una plancha cubierta con gelatina que recibe impresiones, y Oxford Street pasa perpetuamente por encima de esta plancha una cinta de cambiantes imágenes, sonidos y movimientos. Caen paquetes al suelo; los autobuses rozan los bordillos; el trompeteo a pleno pulmón de una banda de música se transforma en un delgado hilillo de sonido. Los autobuses, los camiones, los automóviles y las carretillas ruedan confusamente mezclados, como fragmentos de un rompecabezas; se levanta un brazo blanco; el rompecabezas se hace más denso, se coagula, se detiene; el blanco brazo se hunde, y de nuevo se aleja el torrente, manchado, retorcido, mezclado, en perpetua prisa y desorden. El rompecabezas jamás llega a quedar ordenado, por mucho que lo contemplemos.

En las orillas de este río de tambaleantes ruedas, nuestros modernos aristócratas han levantado palacios, de la misma manera que en los viejos tiempos los duques de Somerset y de Northumberland, los condes de Dorset y de Salisbury alzaron en los bordes del Strand sus señoriales mansiones. Los distintos edificios de las grandes empresas son testimonio del empuje, la iniciativa y la audacia de sus fundadores, de la misma manera que las grandes casas de Cavendish y Percy dan testimonio de estas mismas cualidades en lejanos tiempos. En realidad, los grandes señores de Oxford Street son tan magnánimos como cualquiera de los duques y condes que lanzaban puñados de oro o daban hogazas a los pobres en la puerta de sus mansiones. La única diferencia estriba en que la generosidad de los primeros toma una forma diferente. Toma la forma de la excitación, la exhibición, la diversión, la forma de escaparates iluminados de noche, de banderas ondeando durante el día. Y nos dan gratis las últimas noticias. La música escapa libremente por las ventanas de los comedores en que celebran sus banquetes. Con solo gastar una libra, once chelines y tres

peniques, se puede gozar del cobijo que estas altas y amplias mansiones ofrecen, del suave montón de alfombras, de los lujosos ascensores, del esplendor de las telas, las alfombras y la plata. Percy y Cavendish no podían dar más. Estos regalos se hacen con una finalidad, a saber, sacarnos del bolsillo, con la menor dificultad posible, unas monedas. Pero los Percy y los Cavendish tampoco ejercían su generosidad sin albergar esperanzas de recompensa, ya fuera la dedicatoria de un poeta, o el voto de un campesino. Y tanto los viejos señores como los nuevos aumentaron considerablemente el adorno y la diversión de la vida humana.

Sin embargo, no cabe negar que estos palacios de Oxford Street son cobijos un tanto endebles, que quizá sean antes patios que lugares en los que permanecer. Se tiene clara conciencia de que se camina sobre planchas de madera sostenidas por varillas metálicas, y de que el muro que da al exterior, a pesar de su espectacular decoración pétrea, tiene tan solo el espesor suficiente para resistir la fuerza del viento. Un vigoroso golpe propinado con el paraguas puede causar irreparables daños a la construcción. Muchas serán las casitas campesinas construidas para vivienda de un granjero o de un molinero, en los tiempos en que la reina Isabel se sentaba en el trono, que seguirán en pie cuando estos palacios se derrumben, convertidos en polvo. Los muros de las viejas casas campesinas, con sus traviesas de roble y sus hiladas de honrados ladrillos concienzudamente unidos con cemento, siguen ofreciendo recia resistencia a los taladros que intentan incorporarles la moderna bendición de la electricidad. Pero puede muy bien ocurrir que cualquier día veamos cómo Oxford Street desaparece bajo los golpes del pico de un obrero situado en precario equilibrio en un polvoriento punto elevado, dedicado a derribar muros y fachadas con tanta facilidad como si fueran de cartón y azúcar.

Y, una vez más, los moralistas señalan con el dedo del menosprecio. Sí,

ya que, según dicen, esa endeblez, esa piedra con calidad de papel, esos ladrillos que se desintegran en polvo, demuestran la ligereza, la ostentación, la prisa y la irresponsabilidad de nuestros tiempos. Pero quizá su menosprecio sea tan erróneo como quedaría demostrado que lo es el nuestro, al oír la contestación que daría el lirio cuando le preguntáramos si debe ser fundido en bronce, o la que diría la margarita si le preguntáramos si debe tener pétalos de imperecedero esmalte. El encanto del Londres moderno consiste en que no ha sido construido para durar, ha sido construido para pasar. Su vidriosa calidad, su transparencia, sus altas olas de yeso coloreado dan un placer y alcanzan unos resultados que son diferentes del placer y los resultados deseados y perseguidos por los antiguos constructores y sus clientes, la nobleza de Inglaterra. Su orgullo les exigía la ilusión de la permanencia. Nuestro orgullo, al contrario, parece complacerse en demostrar que somos capaces de lograr que las piedras y los ladrillos sean tan transitorios como nuestros deseos. No construimos para nuestros descendientes, que quizá vivan en las nubes o bajo tierra, sino para nosotros y para nuestras necesidades. Derribamos y construimos de nuevo tal como esperamos ser derribados y de nuevo construidos. Este es un impulso que favorece la creación y la fertilidad. Se incita al descubrimiento y se pone la invención alerta.

Los palacios de Oxford Street hacen caso omiso de aquello que tan bueno parecía a los griegos, a los isabelinos, a los aristócratas del siglo XVIII. Actualmente impera el avasallador convencimiento de que, si no se formula una arquitectura que exhiba con toda claridad el neceser, el vestido de París, las medias baratas y la jarra de sales para el baño, tanto los palacios de los modernos magnates, sus mansiones y sus automóviles, como las casitas en Croydon y Surbiton en las que viven sus dependientes —quienes no viven mal, a fin de cuentas, con su gramófono y su radio, y su dinero para ir al

cine—, se desmoronarán. De ahí que adelgacen increíblemente las piedras, que amontonen en loca y prieta confusión los estilos de Grecia, Egipto, Italia y América, y que intenten audazmente conseguir un ambiente de abundancia, de opulencia, en su intento de persuadir a las multitudes de que en semejantes lugares la belleza constante, siempre lozana, siempre nueva, muy barata y al alcance de todos, brota burbujeante, todos los días de la semana, de un inagotable manantial. Oxford Street tiene horror a la simple idea de la edad, de la solidez, de durar siempre.

En consecuencia, si el moralista desea dar su paseo vespertino por esta calle determinada, debe afinar su oído a fin de que perciba ciertas raras e incongruentes voces. Superando la barahúnda de camiones y autobuses, podemos oír esas voces a gritos. Bien sabe Dios, dice el hombre que vende galápagos, que me duelen los brazos, que mis posibilidades de vender galápagos son pocas, ¡pero hay que tener valor! Quizá aparezca un comprador, de eso depende hoy que pueda dormir en una cama; debo seguir adelante, mientras la policía lo permita, vendiendo galápagos en mi carrito, desde el alba al ocaso. Ciertamente, dice el gran comerciante, no tengo intención de educar a las masas, a fin de que tengan una más alta sensibilidad estética. Dedico todo mi ingenio a determinar la manera en que puedo exhibir mis mercancías con el mínimo coste y la máxima eficacia. A este fin, quizá poner verdes dragones en lo alto de columnas corintias sea una buena idea. Probémoslo. Reconozco, dice la mujer de clase media, que miro mucho y me paro y me demoro, y busco lo barato y regateo, y que paso horas y horas manoseando el contenido de los cestos donde se venden restos. Ya sé que mis ojos brillan desagradablemente, y que agarro y sopeso con repulsiva codicia. Pero mi marido es un empleado de poca monta, y solo cuento con quince libras al año para vestirme, por eso voy a estos palacios, para pasar un rato mirando y hacer lo preciso para ir tan bien

vestida, si puedo, como mis vecinas. Soy ladrona, dice una mujer de esa clase, y, además, mujer de vida fácil. Me consta que hace falta mucho valor para apoderarse de un bolso puesto sobre un mostrador, en el momento en que la clienta dueña del bolso está distraída. Y bien puede ser que el bolso solo contenga unas gafas y un billete de autobús ya usado. Por esto voy a esos sitios.

Son miles las voces como estas que gritan en Oxford Street. Todas tensas, todas reales, todas provocadas en quienes hablan por la presión de ganarse la vida, de encontrar una cama, de mantenerse a flote en el alto, indiferente e implacable oleaje de la calle. Incluso el moralista, quien cabe suponer, dado que puede dedicar una tarde a soñar, que tiene dinero en el banco, incluso el moralista debe permitir que esa calle de relumbrón, bulliciosa y vulgar, nos recuerde que la vida es lucha, que toda edificación es perecedera, que toda exhibición es vanidad. De todo lo cual cabe concluir… No, hasta que un avispado tendero no tenga la idea y abra celdas para pensadores solitarios, celdas forradas de terciopelo verde, con luciérnagas artificiales y unas cuantas mariposas auténticas, que induzcan al pensamiento y a la reflexión, es inútil intentar llegar a conclusiones en Oxford Street.

Casas de grandes hombres

Afortunadamente, Londres comienza a llenarse de casas de grandes hombres compradas por el Estado e íntegramente conservadas, con las sillas en que los grandes hombres se sentaron, las tazas en las que bebieron, con sus paraguas y sus cómodas. Y no es ociosa curiosidad lo que nos induce a visitar la casa de Dickens, la de Johnson, la de Carlyle, la de Keats. Por sus casas conocemos a estos hombres, y parece un hecho cierto que los escritores imprimen su personalidad en sus posesiones con más fuerza que otros hombres. Quizá carezcan de todo sentido estético, pero causan la impresión de poseer un don más insólito y más interesante, a saber, la facultad de alojarse adecuadamente, el don de crear la mesa, la silla, la cortina, la alfombra a su propia imagen.

Fijémonos en los Carlyle, por ejemplo. La estancia, durante una hora, en la casa número 5 de Cheyne Row nos revelará más acerca de ellos y de su vida de lo que jamás podamos llegar a saber mediante sus biografías. Metámonos en la cocina. Allí, en dos segundos, nos enteramos de un hecho que no llamó la atención de Froude, y que, sin embargo, es de incalculable importancia: no tenían agua corriente. Cada gota de agua que los Carlyle usaban —y eran escoceses, fanáticos de la limpieza— tenía que ser extraída, mediante una bomba de mano, del pozo situado en la cocina. En la actualidad se conserva todavía este pozo, la bomba manual y el receptáculo de piedra en el que caía el agua. Y allí está también el ancho y viejo fogón, con su excesivo consumo, en el que era preciso poner a hervir todos los recipientes, si se quería tomar un baño caliente. Y tampoco falta la resquebrajada bañera de hojalata amarillenta, muy profunda y estrecha, que era necesario llenar con los cubos de agua caliente que la criada sacaba

manualmente del pozo y luego calentaba, y subía después a lo largo de tres tramos de peldaños, desde la planta baja.

Esta alta y vieja casa sin agua, sin luz eléctrica, sin calefacción de gas, repleta de libros, con el aire denso de humo de carbón, con grandes camas y con aparadores de caoba, en la que vivieron dos de las personas más nerviosas y exigentes de su tiempo año tras año durante décadas, estaba atendida por una sola y desdichada doméstica. Durante todo el período intermedio de la época victoriana, esta casa forzosamente tuvo que ser un campo de batalla en el que todos los días, verano e invierno, ama y criada lucharon contra el polvo y el frío, en busca de la limpieza y del calor. La escalera, de madera labrada, ancha y digna, parece tener los peldaños desgastados por los pies de ajetreadas mujeres transportando cubos de agua. Las altas estancias con paneles de madera parecen vibrar con el eco del sonido de la bomba manual y el siseo del fregado. La voz de esta casa, y cada casa tiene su voz, es la voz de sacar agua del pozo y de fregotear, del toser y del gemir. Arriba, en la buhardilla, bajo una claraboya, Carlyle gemía, luchaba con la historia, sentado en un sillón de crin, mientras un amarillento haz de luz londinense incidía en sus papeles, y la musiquilla de un burdo organillo y los roncos gritos de los vendedores ambulantes traspasaban los muros de la casa, cuyo doble grosor deformaba los sonidos pero en modo alguno impedía su paso. Y la temporada de la casa, ya que cada casa tiene su temporada, parece que era siempre el mes de febrero, cuando el frío y las nieblas invaden las calles, y las luces llamean rojizas, y el sonido de las ruedas traqueteantes se eleva bruscamente y se apaga a lo lejos. Febrero tras febrero, la señora Carlyle yacía tosiendo en la gran cama con cortinas de color castaño oscuro en la que había nacido, y, mientras tosía, la asaltaban los muchos problemas de su incesante batalla contra la suciedad y contra el frío. Sí, era preciso tapizar de nuevo el sofá de crin, era

preciso limpiar el papel de las paredes de la sala de estar, con sus dibujos menudos y oscuros; el amarillento barniz de los paneles de madera se cuarteaba y se desprendía. Todo tenía que coserlo, limpiarlo y fregarlo con sus propias manos. ¿Y había o no había exterminado el carcoma que se reproducía incesantemente en las viejas maderas? De esta manera transcurrían las largas vigilias de las noches de insomnio, y entonces la señora Carlyle oía rebullir a su marido, arriba, y la señora se preguntaba si Helen se habría levantado ya, si habría encendido el fuego y calentado el agua para que el señor Carlyle se afeitara. Había amanecido otro día, y el bombeo y el fregoteo debían comenzar de nuevo.

Por eso, la casa número 5 de Cheyne Row no es tanto una vivienda como un campo de batalla, el escenario de trabajos, esfuerzos y una perpetua lucha. Pocos son los trofeos de vida, de sus placeres y sus lujos, que hayan quedado para decirnos que la batalla merecía el esfuerzo puesto en ella. Las reliquias de la sala de estar y del estudio son como las reliquias que se recogen en otros campos de batalla. Aquí hay un paquete de viejas plumillas de acero, una pipa de arcilla rota, un soporte de mangos de pluma como el que suelen utilizar los colegiales; unas cuantas tazas muy desportilladas de porcelana blanca con adornos dorados, un sofá de crin y una bañera amarilla de hojalata. Aquí hay también el vaciado en yeso de las flacas y fatigadas manos que en este lugar trabajaron, y la máscara de la torturada, asolada, cara de Carlyle, sacada cuando yacía aquí sin vida. Ni siquiera el jardín, situado en la parte trasera de la casa, parece un lugar de descanso y recreo, sino, antes bien, otro campo de batalla, aunque más pequeño, en el que destaca una lápida debajo de la cual hay un perro enterrado. Desde luego, gracias al bombeo y al fregoteo se consiguieron días de triunfo, veladas de paz y esplendor. Tal como vemos en el cuadro, la señora Carlyle, vestida de bellas sedas, se sentaba en un sillón junto al

alegre fuego del hogar, rodeada de solidez y decencia. Pero a cuán alto precio pagaba. Tiene las mejillas hundidas, y la amargura y el sufrimiento se mezclan en la expresión entre tierna y torturada de sus ojos. Estos son los efectos de la bomba del pozo y de la bañera amarilla de hojalata, tres tramos de escaleras más arriba. Los dos, marido y mujer, tenían talento, se amaban, pero ¿qué puede el amor contra el carcoma, las bañeras de hojalata y las bombas manuales en la planta baja?

Es imposible no creer que se habrían evitado la mitad de sus peleas y que sus vidas habrían sido en gran medida dulcificadas, si la casa número 5 de Cheyne Row hubiera tenido, tal como los agentes de la propiedad inmobiliaria dicen, baño con agua caliente y fría, calefacción de gas en los dormitorios, todas las modernas comodidades y servicios sanitarios interiores. Pero, cuando cruzamos el viejo vestíbulo hacia la salida, pensamos que Carlyle con instalación de agua caliente no hubiera sido Carlyle. Y que sin tener que matar bichitos la señora Carlyle hubiera sido una mujer diferente de la que conocemos.

Toda una época parece mediar entre la casa de Chelsea en la que los Carlyle vivieron y la casa de Hampstead que fue compartida por Keats y Brown y los Brawne. Si cada casa tiene su voz y cada lugar su estación, es preciso concluir que en Hampstead siempre es primavera, de la misma manera que en Cheyne Row siempre es febrero. Y también es cierto que, en méritos de algún milagro, Hampstead nunca ha sido un suburbio o una antigüedad enquistada en el mundo moderno, sino un barrio dotado de peculiares características propias. No es un lugar en el que ganar dinero, ni tampoco un lugar al que se vaya cuando se quiere gastar dinero. Lleva impresos todos los signos del vivir discretamente retirado. Sus casas son como limpias cajas, cual las que se ven ante el mar en Brighton, con tribunas salientes, balcones, y tumbonas en las galerías exteriores. Por su

estilo e intención parece que estas casas hayan sido ideadas para personas de modestos ingresos, con tiempo libre, que busquen descanso y recreo. Los colores dominantes son pálidos azules y rosados, que parecen armonizar con el mar azul y la arena blanca; sin embargo, hay en el estilo una urbanidad que proclama la cercanía de una gran ciudad. Incluso en el siglo XX esta serenidad sigue imperando en Hampstead. Sus ventanas siguen dando a valles, árboles y lagunas, a perros que ladran, a parejas que pasean alegremente cogidas del brazo y se detienen ahí, en lo alto de la colina, para contemplar las distantes cúpulas y agujas de Londres, tal como alegremente paseaban y se detenían a mirar, en tiempos de Keats. Sí, ya que Keats vivía al final de la calle, en una blanca casita rodeada de una empalizada. Casi nada ha cambiado desde entonces. Pero, en el momento en que entramos en la casa donde Keats vivió, tenemos la impresión de que una lúgubre sombra se proyecta en el jardín. Un árbol se ha inclinado tanto que ha sido preciso ponerle un soporte. Las móviles ramas proyectan sus sombras balanceantes sobre las blancas y lisas paredes de la casa. Aquí, dando alegría y serenidad al vecindario, cantaba el ruiseñor. Aquí, más que en ninguna otra parte, habitaban la fiebre y la angustia, y paseaban por este pequeño espacio verde oprimidas por la sensación de la muerte cada vez más cercana, de la brevedad de la vida, y de la pasión del amor y sus desdichas.

Sin embargo, si alguna huella dejó Keats en esta casa, no es una huella de fiebre, sino de una claridad y una dignidad nacidas del orden y del dominio sobre sí mismo. Los cuartos son pequeños y de armoniosas proporciones. En la planta baja, las alargadas ventanas son tan grandes que causan la impresión de que la mitad del muro esté hecha de luz. Junto a la ventana hay dos sillas juntas, de manera que se tiene la impresión de que alguien hubiera estado allí leyendo y hubiera salido por un momento. La figura del lector forzosamente tuvo que estar manchada por el sol y por las sombras,

al compás del movimiento de las ramas agitadas por la brisa. Los pájaros seguramente anduvieron a saltos junto a los pies del lector. Salvo estas dos sillas, no hay nada más en el cuarto, porque poco era lo que Keats poseía. Quedaba reducido a unos cuantos muebles, pocos, y, a su decir, no más de ciento cincuenta libros. Y quizá se deba a la vaciedad de estas estancias primordialmente amuebladas con luz y sombras, antes que con sillas y mesas, que no se piense en personas, aquí, en este lugar donde tantas personas vivieron. La imaginación no evoca escenas. Uno no piensa que aquí forzosamente se comió y se bebió, que forzosamente entró y salió gente, que esa gente dejó maletas y paquetes en el suelo, que a la fuerza hubo gente que fregó y limpió y luchó contra el polvo y el desorden, y subió agua desde la planta baja a los dormitorios. Todos los rumores de la vida han quedado silenciados. La voz de la casa es la voz de las hojas agitadas por el viento, de las ramas estremecidas en el jardín. Aquí solo vive una presencia, la de Keats. E incluso Keats, a pesar de que su retrato está en todas las paredes, parece llegar silenciosamente, sobre anchos chorros de luz, sin cuerpo y sin huellas. Se sentaba aquí, en esa silla, y escuchaba inmóvil, y miraba sin alterarse, y volvía la página despacio, aunque muy poco tiempo de vida le quedaba.

Hay una heroica serenidad en esta casa, a pesar de las máscaras mortuorias, de las quebradizas y amarillas coronas de flores, y de otras macabras reliquias que nos recuerdan que Keats murió joven, desconocido y en el exilio. La vida sigue, más allá de la ventana. Más allá de esta calma, de ese murmullo de hojas, se oye el lejano sonido de ruedas, los ladridos de los perros que van a buscar y devuelven los palos arrojados a la laguna. La vida sigue, más allá de la empalizada. Cuando cerramos la puerta, dejando atrás el césped y el árbol en que cantaba el ruiseñor, vemos, como es de rigor, al carnicero que, con una camioneta roja, entrega la carne en la casa

contigua. Si cruzamos la calle, teniendo buen cuidado de que un automovilista temerario no se nos lleve por delante, ya que los automóviles circulan muy deprisa en estas anchas calles, nos encontraremos en lo alto de la colina, y más allá veremos todo Londres extendiéndose abajo, ante nosotros. Es un panorama siempre fascinante, a todas horas y en todas las estaciones del año. Se ve Londres como un todo, un Londres atestado, compacto y con costillares, con sus cúpulas dominantes, sus catedrales guardianas, sus chimeneas y sus agujas, sus grúas y sus depósitos de gas, y con el humo perpetuo que no hay primavera ni otoño que despeje. Londres ha estado aquí desde tiempos inmemoriales, hiriendo esa porción de tierra cada vez más profundamente, haciéndola más y más incómoda, más apretujada y tumultuosa, marcándola para siempre con una cicatriz indeleble. Ahí yace Londres formando capas, formando estratos, ciudad erizada que exhala bocanadas de humo que siempre quedan enzarzadas en sus alturas. Y, sin embargo, desde Parliament Hill también se puede ver el campo. Más allá hay colinas en cuyos bosques cantan los pájaros, y en los que algún conejo o algún armiño se detienen en absoluto silencio, con una pata levantada, para escuchar atentamente murmullos por entre las hojas. Para contemplar Londres desde esta colina, aquí acudieron Keats y Coleridge y Shakespeare quizá. Y aquí, en este preciso instante, el muchacho de siempre está sentado en un banco de hierro, abrazando a la muchacha de siempre.

Abadías y catedrales

Es un lugar común —pero no podemos evitar repetirlo— decir que Saint Paul domina Londres. Vista desde lejos, la catedral parece hincharse como una burbuja gris. Al acercarnos, se cierne sobre nosotros, gigantesca y amenazadora. Pero de repente se desvanece. Y, detrás de Saint Paul, debajo de Saint Paul, alrededor de Saint Paul, cuando no podemos ver Saint Paul, ¡cuánto se encoge Londres! Otrora, hubo universidades, plazas rectangulares y patios, y monasterios con lagos y peces, y claustros, y corderos pastando en prados verdes, y posadas en las que grandes poetas estiraban sentados las piernas y hablaban cuanto querían. Ahora este espacio se ha encogido. Los campos, los lagos con peces, los claustros, han desaparecido. Incluso los hombres y las mujeres se han encogido y se han transformado en multitudinarios y leves, en vez de ser individuales y recios. Allí donde Shakespeare y Jonson en otros tiempos se enfrentaron y se dijeron cuanto quisieron, un millón de señores Smith y de señoritas Brown andan presurosos y ajetreados, saltan del autobús, se sumen en el metro. Causan la impresión de ser demasiados, demasiado pequeños, demasiado parecidos entre sí, para tener cada cual su nombre, su carácter, su propia vida separada.

Si dejamos la calle y entramos en una iglesia ciudadana, reparamos en el espacio de que disfrutan los muertos en comparación con aquel del que disfrutan en nuestros días los vivos. En el año 1737, murió un hombre llamado Howard, y fue enterrado en Saint Mary-le-Bow. La lista de sus virtudes ocupa una pared entera. «Gozó de la bendición de una mente inteligente y recia, que brilló conspicuamente en el habitual ejercicio de grandes y divinas virtudes… En una edad de disipación, fue siempre inviolablemente fiel a la justicia, la sinceridad y la verdad.» Este hombre

ocupa un espacio que podría servir casi para instalar una oficina cuyo alquiler ascendería a un buen montón de libras esterlinas. En nuestros tiempos, cualquier hombre igualmente oscuro tendría una porción de piedra blanca de tamaño reglamentario, entre miles de porciones iguales, y no se daría constancia de sus grandes y divinas virtudes. En Saint Mary-le-Bow también se pide a la posteridad que se detenga y se alegre, pues la señora Mary Lloyd «terminó una ejemplar e inmaculada vida» sin sufrir y, desde luego, sin recuperar el conocimiento, a la edad de setenta y nueve años.

Deteneos, reflexionad, vigilad vuestras costumbres, es lo que estas viejas lápidas nos aconsejan, y aquello a que nos exhortan. Uno sale de la iglesia maravillado de los espaciosos días en que ciudadanos desconocidos podían ocupar tanto espacio con sus huesos, y pedir con tal seguridad tanta atención a sus virtudes, mientras nosotros andamos entrechocando los unos con los otros, esquivándonos y hurtándonos los unos y los otros, en la calle, doblando esquinas ceñidamente, y dejándonos atropellar con toda facilidad por los automóviles. El simple proceso de mantenernos vivos exige todas nuestras energías. Íbamos a decir que no tenemos tiempo para pensar en la vida y en la muerte, cuando de repente nos topamos con los inmensos muros de Saint Paul. Aquí está otra vez, cerniéndose sobre nosotros como una montaña, inmensa, más gris, más fría y más silenciosa que antes. Y, en el mismo instante en que entramos, experimentamos esa sensación de pausa y de expansión, de liberación de las prisas y de los esfuerzos, que Saint Paul, más que cualquier otro edificio del mundo, tiene el poder de infundir.

En parte, el esplendor de Saint Paul radica simplemente en su gran volumen, en su incolora serenidad. Tanto la mente como el cuerpo parecen ensancharse en este recinto, parecen ampliarse bajo su gran techumbre, donde la luz no es del sol ni de las lámparas, sino un ambiguo elemento situado entre una y otra. Una ventana arroja hacia abajo un ancho haz verde,

otra cubre las losas de un fresco y pálido color purpúreo. Hay espacio suficiente para que cada amplia franja de luz caiga con suavidad. Muy grande, muy cuadrada, sonando a hueco, con ecos de perpetuos pasos lentos y de amplias sonoridades, la catedral es sumamente augusta, pero en modo alguno misteriosa. Entre las columnas se amontonan las tumbas como mayestáticas camas. Aquí está la digna estancia de reposo a la que los grandes estadistas y hombres de acción se retiran, ataviados con todo el esplendor de sus ropajes, para aceptar las gracias y el aplauso de sus conciudadanos. Todavía lucen sus estrellas y sus jarreteras, sus emblemas de pompa cívica y de militar orgullo. Sus tumbas son limpias y bellas. No se ha permitido que el herrumbre o la suciedad las manchen. Incluso Nelson causa la impresión de sentirse bastante cómodo. Y la contorsionada y atormentada figura de John Donne, envuelta en los pliegues marmóreos de sus graves ropas, da la sensación de haber salido ayer del taller del marmolista. Pero ha estado aquí, en su tormento, durante trescientos años, y ha sufrido incólume las llamas del incendio de Londres. Se ha prohibido aquí la entrada de la muerte, y de la corrupción de la muerte. Aquí se guarda celosamente la virtud cívica y la cívica grandeza. Cierto es que sobre una pesada puerta labrada una leyenda dice que a través de la muerte pasamos a nuestra gozosa resurrección. Pero las pesadas hojas de la puerta no sugieren que se abran a campos de amaranto y flores de fábula, donde suenan arpas y coros celestiales, sino que dan paso a escalinatas de mármol que conducen a solemnes cámaras de consejos y espléndidas salas, con estandartes, donde suenan altas las trompetas. El esfuerzo, el sufrimiento y el éxtasis no tienen cabida en este majestuoso edificio.

Difícilmente puede verse un contraste mayor que el que se da entre Saint Paul y la abadía de Westminster. Lejos de espaciosa y serena, la abadía es estrecha y puntiaguda, usada, inquieta y animada. Se tiene la sensación de

haber abandonado la democrática barahúnda variopinta de la calle y haber entrado en una brillante asamblea, en una selecta sociedad de hombres y mujeres dotados de la más alta distinción. Los presentes parecen hallarse en pleno cónclave. Gladstone se adelanta, y luego Disraeli. En todos los rincones, en todos los muros, hay alguien que se inclina o escucha, o se adelanta como si fuera a hablar. Los que se encuentran recostados parecen yacer atentamente, como si se dispusieran a incorporarse al instante siguiente. Sus manos sostienen nerviosas los cetros, sus labios están prietamente cerrados en pasajero silencio, sus párpados entrecerrados para meditar durante un instante. Estos muertos, si es que muertos son, han vivido con toda plenitud. Tienen cara marchita, nariz afilada, mejillas hundidas. Incluso la piedra de las viejas columnas parece frotada y desgastada por la intensidad de la vida que las ha rozado durante siglos. Las voces y el órgano vibran agudos entre las intrincadas formas del techo. Los delicados abanicos de piedra que se despliegan para formar la techumbre parecen desnudas ramas, despojadas de todas sus hojas y prestas a ser sacudidas por un vendaval de invierno. Pero su austeridad está bellamente suavizada. En todo momento, las luces y las sombras cambian y contrastan. Pasan el azul, el dorado y el violeta, y tiñen, se intensifican y palidecen. La piedra gris, a pesar de su antigüedad, cambia como un ser vivo bajo las incesantes oleadas de la luz cambiante.

Por eso, la abadía no es un lugar de muerte y reposo, no es la estancia de descanso en que los virtuosos yacen de cuerpo presente para recibir las recompensas merecidas por la virtud. ¿Es que realmente estos muertos han llegado a donde están en méritos de sus virtudes? A menudo han sido violentos, han sido brutales. A menudo, solo la grandeza de su cuna les ha elevado. La abadía está llena de reyes y de reinas, de duques y príncipes. La luz incide en coronas de oro, y todavía quedan rastros de oro en los pliegues

de los ropajes de ceremonia. El rojo y el amarillo lucen aún en escudos nobiliarios, en leones y unicornios. Pero la abadía también está llena de otra realeza, que es incluso, quizá, más poderosa. En ella se encuentran los poetas muertos, todavía pensativos, todavía mesurando, todavía interrogándose sobre el significado de la vida. Riendo, Gay dice: «La vida es una chanza, y todo así lo indica. Lo pensé otrora, y ahora me consta». Chaucer, Spenser, Dryden y todos los demás parecen aún escuchar con todas sus facultades alerta, mientras el afeitado clérigo, con su ropaje atildado, rojo y blanco, entona por millonésima vez los mandamientos de la Biblia. Su voz suena madura, autoritaria, en todo el edificio, como si no fuera irreverente que uno haya llegado tal vez a suponer que Gladstone y Disraeli se disponen a someter la propuesta recién expuesta —que los hijos deben honrar a sus padres— a votación. En esta brillante asamblea, cada uno de los que la componen tienen ideas y voluntad propias. Agudas voces traspasan la abadía. Ademanes enfáticos y actitudes personales quiebran en ella la paz. No hay ni una sola pulgada de sus muros que no hable, proclame e ilustre. Reyes y reinas, poetas y hombres de Estado siguen interpretando sus papeles, y no se les permite que se transformen silenciosamente en polvo. Todavía en animado debate se elevan sobre el oleaje inútil de la vida humana corriente, y lo hacen con los puños crispados y los labios abiertos, con un orbe en una mano y un cetro en la otra, como si les hubiéramos obligado a alzarse en nuestra representación y dar testimonio de que la naturaleza humana puede de vez en cuando elevarse por encima de los murmullos del democrático desorden de las presurosas calles. Detenidos, traspuestos, allí están, sufriendo una esplendente crucifixión.

¿Adónde se puede ir, en Londres, para hallar la tranquilidad, a saber con certeza que los muertos duermen en paz? A fin de cuentas, Londres es una ciudad de tumbas. Pero también es una ciudad que se halla en medio del

presuroso discurrir del caudal de la vida humana. Incluso Saint Clement Danes, esa venerable antigualla situada en medio del torrente del Strand, ha quedado sin aquellos apacibles elementos, los sauces llorones y el verde prado, a que incluso la más humilde iglesia rural tiene derecho. Hace ya tiempo que los autobuses y los camiones la han despojado de ellos. Saint Clement Danes se alza como una isla, a la que solo la más estrecha franja de pavimento que quepa imaginar separa del mar. Además, Saint Clement Danes tiene que cumplir sus deberes para con los vivos. Como es natural, Saint Clement Danes participa vociferante, estridentemente, con casi frenética alegría, aunque con voz ronca, como si la herrumbre de los siglos hubiera entorpecido su lengua, en la felicidad de dos seres mortales. Se celebra una boda. A lo largo del Strand, Saint Clement Danes da la bienvenida al novio con chaqué y pantalones grises, a las damas de honor de la novia, virginalmente ataviadas de blanco, y por fin a la novia, cuyo coche se detiene ante la puerta. La novia baja ondulante y como un destello de blanca elegancia, pasa a la penumbra interior para aceptar el yugo matrimonial, con el acompañamiento del rugido de los autobuses, mientras fuera las palomas, alarmadas, vuelan en círculo, y la estatua de Gladstone queda atestada, como las gaviotas puedan atestar una roca, de entusiastas turistas que mueven la cabeza y gesticulan.

Los únicos lugares tranquilos que hay en toda la ciudad quizá sean esos viejos cementerios transformados en jardines o pequeños parques infantiles. Las lápidas ya no sirven para señalar tumbas, sino que su blancura se alinea junto a las paredes. Aquí y allá, una hermosa escultura funeraria cumple la función de ornamento del jardín. Las flores alegran el césped, y bajo las copas de los árboles hay bancos para que en ellos se sienten las madres y las niñeras, mientras los niños hacen rodar aros y juegan a la rayuela, sin riesgos. Aquí, uno se puede sentar y leer *Pamela* de cabo a rabo. Aquí, uno

puede dormitar durante los primeros días de primavera o los últimos del otoño, sin sentir con excesiva fuerza los impulsos de la juventud o la tristeza de la vejez. Sí, por cuanto aquí los muertos duermen en paz, nada demuestran, de nada dan testimonio, nada reclaman, como no sea que gocemos de la paz que sus viejos huesos nos proporcionan. Sin ofrecer resistencia, han renunciado a sus humanos derechos a destacar nombres o peculiares virtudes. Pero no tienen motivos de queja. Cuando el jardinero planta los bulbos o siembra la hierba, vuelven a florecer y cubren la tierra de hierba verde y flexible. Aquí, las madres y las niñeras parlotean, los niños juegan, y el viejo mendigo, después de consumir el almuerzo que lleva en una bolsa de papel, arroja migas a los gorriones. Estos cementerios-jardín son los más apacibles refugios de Londres, y sus muertos son los más silenciosos.

«Esta es la Cámara de los Comunes»

Fuera de la Cámara de los Comunes se alzan estatuas de grandes hombres de Estado, negras, pulidas y relucientes como morsas recién salidas del agua. Y dentro de la casa, en esas salas con ecos y corrientes de aire, donde siempre hay gente que va y viene, que toma las verdes cartulinas que la policía le entrega, que formula preguntas, que mira, que aborda a miembros del Parlamento, que va siguiendo apelotonada los pasos de los maestros de escuela, que afirma con la cabeza, que ríe y comunica mensajes, que pasa presurosa por puertas de vaivén, con papeles y carteras en la mano, así como otros símbolos de actividad y prisas, también hay estatuas, estatuas de Gladstone, Granville, lord John Russell, estatuas blancas que miran con ojos blancos las viejas escenas de agitación y ajetreo en las que, no hace tanto tiempo, también ellos participaron.

Aquí no hay nada venerable y desgastado por el paso del tiempo, ni melódico, ni ceremonioso. Una ronca voz grita «¡El *speaker*!», anunciando así el inicio del avance de un sencillo y democrático desfile, cuya única pompa es la maza, la peluca y la toga del *speaker*, y los dorados galones de los ujieres. La voz ronca vuelve a gritar «¡Descúbranse los ajenos!», y en ese momento algunas manos levantan obedientemente en el aire unos vulgares sombreros de fieltro, mientras los ujieres doblan la cintura en una reverencia. Y eso es todo. Y, sin embargo, la voz que grita, la negra toga, el sonido de los pasos sobre la piedra, la maza y los vulgares sombreros de fieltro consiguen sugerir, mejor que la escarlata y las trompetas, que los representantes de los Comunes toman asiento en su propia Cámara para entregarse a la tarea de gobernar el país. Aun cuando nuestra historia sea un tanto vaga al respecto, tenemos la sensación de que nosotros, la gente común, conquistamos aquel derecho hace ya siglos, y lo hemos conservado

desde entonces, y la maza es nuestra maza, y el *speaker* es nuestro *speaker*, y no necesitamos trompetas, ni oro, ni escarlata, para acompañar a nuestro representante en el momento de entrar en nuestra Cámara de los Comunes.

Ciertamente nuestra Cámara de los Comunes, vista por dentro, no es en manera alguna de aspecto noble o mayestático, y ni siquiera tiene gran dignidad. Es tan reluciente y fea como cualquier otro edificio público de tamaño moderado. El roble, desde luego, está veteado de amarillo. Las ventanas, desde luego, muestran pinturas de feos escudos nobiliarios. El suelo, desde luego, está cubierto por tiras de estera roja. Los bancos, desde luego, están forrados de duradero cuero. Uno puede mirar lo que quiera, y siempre dirá «desde luego». Es una asamblea desaliñada y carente de formalismos. Se tiene la impresión de que constantemente caigan al suelo hojas de papel blanco. Los asistentes murmuran, se cruzan palabras y se gastan bromas por encima del hombro. Las puertas de vaivén se abren y se cierran constantemente. Incluso la isla central, isla de mando y de dignidad, en la que el *speaker* se sienta bajo dosel, es un lugar de observación, utilizado por poco ceremoniosos miembros de la Cámara que tranquilamente echan una ojeada a lo que está pasando. Los hay que apoyan las piernas en el borde de la mesa sobre la que reposa la maza, y los secretos que guardan dos cajones con guarniciones de cobre situados a uno y otro lado de esta mesa no quedan a salvo de algún que otro puntapié. Sentándose y levantándose, moviéndose y quedándose quietos, los representantes de los Comunes traen a la mente el recuerdo de una bandada de pájaros al posarse sobre una porción de tierra labrada. No se están quietos durante más de unos pocos minutos. Los hay que no hacen más que levantar el vuelo, y otros que no hacen más que posarse otra vez. Y de esta bandada surge constantemente el parloteo, los graznidos y los gritos propios

de una bandada de pájaros que discuten alegremente, y de vez en cuando con vivacidad, acerca de una semilla, de un gusano, de un grano enterrado.

Uno se ve obligado a decirse severamente: «Pero esto es la Cámara de los Comunes… Aquí se modifican los destinos del mundo. Aquí luchó Gladstone, así como Palmerston y Disraeli. Estos son los hombres que nos gobiernan. Todos los días del año obedecemos sus órdenes. Nuestras bolsas están a su merced. Ellos son quienes deciden la velocidad a que podemos conducir nuestro automóvil en Hyde Park. Y también deciden si tendremos guerra o paz». Sí, pero tenemos que recordarlo, porque al mirarlos vemos que en nada se diferencian del resto de los mortales. Quizá, por lo general, los miembros de la Cámara vayan mejor vestidos. Desde lo alto, vemos algunos de los más relucientes sombreros de copa que todavía pueden verse en Inglaterra. Aquí y allá, destaca alguna que otra resplandeciente flor en el ojal. No cabe duda de que todos los miembros han sido bien alimentados y han recibido una buena educación. Pero, con su parloteo y sus risas, con su comportamiento bullicioso, con su impaciencia e irreverencia, no constituyen una asamblea ni siquiera un ápice más juiciosa, o más dotada de dignidad, o de más respetable aspecto, que cualquier otra asamblea de ciudadanos reunida para debatir asuntos de la parroquia o para dar premios a bueyes cebados. Cierto. Pero al cabo de un rato, comenzamos a sospechar que se da una curiosa diferencia. Advertimos que la asamblea de los Comunes constituye un cuerpo con cierto carácter propio. Existe desde hace mucho tiempo y tiene sus propias leyes y licencias. Es irreverente a su manera, por lo que cabe presumir que también es reverente a su manera. Tiene un código de comportamiento propio. Aquellos que hagan caso omiso de este código serán castigados sin piedad. Aquellos que lo observen serán fácilmente perdonados. Pero lo que se condena y lo que se perdona solo lo saben aquellos que están en el secreto de la Cámara. Nosotros solo podemos

decir con certeza que aquí hay un secreto. Desde el elevado lugar en que estamos situados, bajo la autoridad de un funcionario, que sigue la norma general de olvido de los formalismos, sentándose con las piernas cruzadas y tomando notas en un papel que tiene sobre una rodilla, tenemos la seguridad de que nada es más fácil que decir lo que no se debe decir, ya con errónea ligereza, ya con errónea seriedad, y que la posesión de virtudes, talento o valentía no es garantía de éxito, si se carece de cierta otra cosa, cierta calidad indefinible.

Sin embargo, al recordar Parliament Square, uno se pregunta si alguno de estos competentes y bien vestidos caballeros se transformará en estatua algún día. Para Gladstone, para Pitt e incluso para Palmerston, la transformación fue muy fácil. Pero fijémonos en el señor Baldwin. Tiene todo el aspecto de un caballero rural, comerciante de cerdos. ¿Cómo va a subirse a un pedestal y a envolverse con decoro en una toalla de blanco mármol? Y ninguna estatua será digna de sir Austen, si no reproduce el brillo de su sombrero de copa. Por su parte, el señor Henderson parece constitucionalmente opuesto a la palidez y la severidad del mármol. Mientras está de pie, contestando preguntas, su piel rosada se pone escarlata, y lleva el cabello amarillo de tal manera que parece que se haya peinado hace menos de diez minutos, tras empaparlo en agua. Sir William Jowitt podría, ciertamente, siempre y cuando se le quitara la llamativa corbata de lazo, posar para un escultor, para que le hiciera un busto al estilo del príncipe consorte. Ramsay MacDonald tiene «carácter», como dicen los fotógrafos, y podría ocupar un sillón de mármol en una plaza pública sin hacer el ridículo de una forma destacada. Para todos los demás la transformación en mármol es inimaginable. Inquietos, irreverentes, vulgares, chatos, con las mejillas rojas; terratenientes, abogados, hombres de negocios, estos hombres tienen la primordial cualidad, la enorme virtud,

de que resulte imposible encontrar en los cuatro reinos seres humanos más normales y de más decente aspecto. La mirada destellante, la frente arqueada, la mano nerviosa y sensible, parecerían aquí inaceptables y fuera de lugar. Estos alegres gorriones picotearían al hombre excepcional hasta matarlo. Basta observar con cuánta irreverencia tratan al mismísimo primer ministro. Este tiene que contestar las preguntas y repreguntas que le formula un jovenzuelo que parece un barquero de río. Y a continuación, el primer ministro debe permitir que le acribille a preguntas un hombrecillo regordete que, a juzgar por su acento, estuvo seguramente detrás de un mostrador, llenando de azúcar pequeñas bolsas de papel azul, antes de dirigirse a Westminster. Ninguno de los dos ha dado la más leve muestra de temor o de reverencia. Si algún día el primer ministro se transforma en estatua, semejante apoteosis jamás ocurrirá en la Cámara, entre los irreverentes Comunes.

Hasta ese momento, los estampidos de la batalla de preguntas y contestaciones habían sido constantes. Por fin cesaron. El ministro de Asuntos Exteriores se levantó, con unas hojas escritas a máquina en la mano, y leyó clara y firmemente una declaración referente a ciertas dificultades con Alemania. El viernes se había entrevistado con el embajador alemán, en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Había dicho esto y había dicho lo otro. Se había trasladado a París y había visto a monsieur Briand el lunes. Acordaron esto, propusieron aquello. No cabe imaginar una declaración más simple, más grave, más en su punto. Y mientras hablaba tan directamente, con tanta firmeza, parecía que se alzara un bloque de piedra sin pulir en los bancos del gobierno. Dicho en otras palabras, mientras se escuchaban los esfuerzos del ministro de Asuntos Exteriores para guiar nuestras relaciones con Alemania, se advertía con claridad que aquellos hombres de aspecto vulgar y de sentido práctico eran los

responsables de unos actos que permanecerán cuando sus rojas mejillas, sus sombreros de copa y sus pantalones de corte sean ya cenizas. Asuntos de gran importancia, que influyen en la felicidad de los seres humanos, en el destino de las naciones, producen aquí sus efectos y parecen cincelar a esos hombres tan normales. Sobre este material humano común, desciende el sello de una gran máquina. Y tanto la máquina como el hombre sobre el que desciende el sello de la máquina son vulgares, sin rasgos característicos, impersonales.

Hubo un tiempo en que el ministro de Asuntos Exteriores manipulaba hechos, jugaba con ellos, los interpretaba, y empleaba todos los recursos del arte y de la elocuencia para que los hechos parecieran lo que él quería que pareciesen a las personas que tenían que doblegarse a su voluntad. El ministro de Asuntos Exteriores no era un laborioso hombre de negocios, normal y corriente, con un automóvil pequeño y una casita de recreo, y grandes deseos de tener una tarde libre para jugar al golf con sus hijos, en un prado de Surrey. Hubo un tiempo en que el ministro representaba su papel. Las fulminaciones y las peroratas estremecían el aire. Se persuadía a los hombres, se les utilizaba, se jugaba con ellos. Pitt rugía. Burke era sublime. Se permitía desplegar la individualidad. Ahora no hay ser humano que por sí solo pueda soportar la presión de los problemas que nos conciernen. Los problemas humanos le sumergen y le arrastran, le dejan sin rasgos propios, en el anonimato, convertido en su instrumento. La dirección de los asuntos ha pasado de las manos de seres individuales a las manos de comisiones. Y las comisiones solo pueden orientar los asuntos, acelerarlos, y pasarlos a otras comisiones. Las complejidades y elegancias de la personalidad son factores que obstaculizan la solución de los problemas. Lo más importante es ser expeditivo. Todas las semanas, mil barcos anclan ante los muelles. ¿Cuántas miles de causas llegan diariamente para que la

Cámara de los Comunes las juzgue? Por eso, si se erigen estatuas, estas estatuas serán monolíticas, vulgares y sin rasgos. Dejarán de reproducir el cuello de la camisa de Gladstone, el rizo de Dizzy, las patillas de Palmerston. Serán como graníticos pedestales en lo alto de colinas para conmemorar batallas. Los días del poder personal de hombres individuales han pasado. Para nada se necesita el ingenio, ni la invectiva, ni la pasión. El señor MacDonald no se dirige al pequeño y separado oído de quienes le escuchan en la Cámara de los Comunes, sino a hombres y mujeres que se encuentran en fábricas, en tiendas, en granjas sudafricanas, en villorrios de la India. Se dirige a hombres y mujeres que se encuentran en todas partes, y no a nosotros sentados aquí, en la Cámara. De ahí la claridad, la gravedad, el carácter lisamente impersonal de su declaración. Pero, si los tiempos de la estatua pequeña e individual han terminado, ¿por qué no alborea la época de la arquitectura? Esta es la pregunta que espontáneamente nos planteamos al salir de la Cámara de los Comunes. Westminster Hall se alza con inmensa dignidad, mientras nos alejamos. Hombrecillos y mujercitas se mueven silenciosamente, yendo de un lado para otro. Parecen diminutos, quizá lamentables, pero también venerables y bellos, bajo la curva de la gran cúpula, bajo la perspectiva de las formidables columnas. Uno siente deseos de ser un animalillo sin nombre en una gran catedral. Reconstruyamos el mundo en forma de espléndido edificio. Dejemos de hacer estatuas y de inscribir en ellas virtudes imposibles.

Veamos si la democracia que construye edificios supera a la aristocracia que modelaba estatuas. Pero todavía hay innumerables policías. Un gigante vestido de azul se encuentra en pie ante cada puerta, a fin de que no entremos atropelladamente y demasiado deprisa en nuestra democracia. «Solo está abierto los sábados, de diez a doce.» Este es el aviso que impide el desarrollo de nuestro sueño. Y debemos reconocer la clara tendencia de

nuestra corrupta mente, dominada por la costumbre, de pararse y pensar: «Aquí estaba el rey Carlos cuando le condenaron a muerte; aquí el conde de Essex, y Guy Fawkes, y sir Thomas More». Parece que a la mente, en su vuelo por el espacio desierto, le gusta posarse sobre una nariz notable, sobre una mano temblorosa; le gustan la mirada destellante, la frente arqueada, el ser humano excepcional, particular, espléndido. Esperemos que la democracia llegue, pero que llegue dentro de cien años, cuando estemos ya bajo la hierba. O esperemos que, en méritos de una genial jugada, ambas realidades se combinen, el gran edificio y el pequeño, particular e individual ser humano.

Historia de «Londres»

Los seis relatos de esta edición completa de *Londres* fueron publicados originalmente en la revista *Good Housekeeping*. Virginia Woolf los escribió en la primavera de 1931 y aparecieron en entregas bimensuales, que comenzaron en diciembre del mismo año y a lo largo de 1932.

Con la incorporación de «Retrato de una londinense», estos seis relatos sobre la vida de Londres se publican ahora juntos por primera vez, aunque las restantes cinco entregas ya habían aparecido en Estados Unidos, editadas por Frank Hallam en una edición limitada de 750 ejemplares (1975), y en Gran Bretaña, por Random House (1982), bajo el sello The Hogarth Press, que habían creado Leonard y Virginia Woolf en 1917.

Hay varias referencias a *Londres* en los diarios de Virginia Woolf. El 17 de febrero de 1931, diez días después de terminar su obra maestra *Las olas*, se pregunta si el nuevo encargo recibido estará listo a tiempo. Un mes después, el 16 de marzo, escribe sobre su visita a la residencia de Thomas Carlyle en Chelsea y a la casa de Keats en Hampstead, sin duda para ilustrarse sobre su artículo «Casas de grandes hombres».

A lo largo de todo el mes de marzo Woolf realizó nuevas incursiones para recopilar material. El 20, en una lancha de la Autoridad Portuaria de Londres, visitó los muelles acompañada por Leonard Woolf, Vita Sackville-West y el embajador de Persia. La excursión fue organizada por el marido de Vita, Harold Nicolson, con el que Virginia realizó una segunda visita el 24 del mismo mes. Seis días después visitó la Cámara de los Comunes, con Leonard, para escuchar un debate, mientras que su asistencia al funeral por Arnold Bennett la llevó al día siguiente a la iglesia de Saint Clement Danes, en el Strand.

El 2 de abril se instaló por una semana en Monk’s House, su casa de Sussex, para terminar el trabajo. De regreso a Londres el día 11, tras haber escrito las seis escenas, Woolf alude a que el trabajo la ha obligado a adoptar ligeros cambios en su forma de escribir. Había terminado los seis artículos, además de otros dos de crítica para *The Times*, ese mismo mes.

Londres fluye en sentido contrario a la corriente del Támesis, arrastrando al lector a lo largo de la ciudad hacia el oeste, desde el bullicio de los muelles en su límite oriental hasta las oleadas de compradores de Oxford Street, en Chelsea, en su parte occidental. Después de visitar las residencias de personalidades y la Cámara de los Comunes, el paseo termina donde comenzó, en el este.

Virginia Woolf era una londinense. Le gustaba pasear por la ciudad y vagar por sus calles. Dirigía su mirada de forma anónima, admiraba la historia de Londres y analizaba «el encanto del Londres moderno» a través de los ojos de los londinenses, fueran personalidades o gente corriente.

Al mostrar la incomparable habilidad de Virginia Woolf para diseccionar y refrescar nuestra percepción de lo familiar, *Londres* es un pequeño pero valioso ejemplo de la obra de la escritora y una respetable aportación al canon literario de la ciudad, que reclama su puesto como vía de entrada en la más compleja e inabarcable de las ciudades.

Virginia Woolf nació en Londres el 25 de enero de 1882 y murió el 28 de marzo de 1941, ahogada en el río Ouse. Al morir su padre, el conocido hombre de letras sir Leslie Stephen, Virginia y su hermana Vanessa abandonaron el elegante barrio de Kensington y se trasladaron al bohemio Bloomsbury, que dio nombre al brillante grupo literario formado alrededor de las hermanas Stephen. En 1912, Virginia se casó con Leonard Woolf y dirigieron juntos la editorial Hogarth Press. Considerada como una de las autoras más revolucionarias e imprescindibles del siglo XX, entre sus obras más importantes cabe destacar *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* 1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931), *Los años* (1937) y *Entre actos* (1941).

Título original: *The London Scene*

Edición en formato digital: abril de 2013

© 1975, The Estate of Virginia Woolf
© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1986, Andrés Bosch, por la traducción de «Los muelles de Londres», «El oleaje de Oxford Street», «Casas de grandes hombres», «Abadías y catedrales» y «Esta es la Cámara de los Comunes»
© 2005, Bettina Blanch Tyroller, por la traducción de «Retrato de una londinense» y de «Historia de *Londres*»

Fotografías de las portadillas: © Hulton / Getty Images y Corbis
Diseño de cubierta: Nora Grosse / Penguin Random House Grupo Editorial

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2227-9

Composición digital: Barcelona Edicions Digitals

www.megustaleer.com

Índice

Londres
Retrato de una londinense
Los muelles de Londres
El oleaje de Oxford Street
Casas de grandes hombres
Abadías y catedrales
«Esta es la Cámara de los Comunes»
Historia de «Londres»
Biografía
Créditos